

# El carácter español

Werner BEINHAUER

## ARTISTAS Y CIENTIFICOS (\*)

En el año de 1588, el hundimiento de la "Armada Invencible", la mayor catástrofe que registra la Historia de España, inició el derrumbamiento del Imperio Español. Con los mayores sacrificios de un pueblo ya esquilado por las onerosas cargas de mil guerras, Felipe II había mandado construir esta flota para enviarla contra la Inglaterra herética. Pero no fueron los ingleses los que la aniquilaron. La mayor parte de los navíos pereció en un temporal. Este hecho convirtió la desgracia material en crisis religiosa: los españoles comenzaron a dudar de su misión. Pues ¿no parecía que el propio cielo se hubiese confabulado con sus enemigos para frustrar la pía empresa? Esta duda terrible iba minando las almas y debilitando la fuerza de resistencia del Imperio. Sin embargo, aunque parezca increíble, ahora es cuando empieza su florecimiento artístico y cultural. El caso de un gran pueblo artista demuestra que todo arte verdadero es hijo del dolor. En Francia, esa nación psicológicamente mejor equilibrada, el apogeo de la cultura coincide con el del poderío material. En España, país de los contrastes (1) y de la paradoja, el arte más sublime crece sobre el fondo de un dolor agudizado por el recuerdo de las pasadas glorias: ¡España había subido tan alto para caer tan bajo! Este contraste caracteriza el ambiente cultural del barroco y en un sentido más amplio, todo el arte español. Este no habla al sentido común de un pueblo sano, bien equilibrado y mejor alimentado como el arte francés, sino que brota de las profundida-

---

(\*) Véase en la edición anterior de esta misma revista la primera parte de este estudio.

(1) "España es un mundo aparte, un mundo lleno de contrastes", escribe Th. Fischer en su libro sobre los países mediterráneos.

des de un alma a la que los golpes y reveses de la fortuna tornadiza han hecho capaz de abarcar valores irracionales, superiores al entendimiento, casi sobrehumano; un alma constantemente zarandea da al impulso de vibraciones intensísimas, desde las más altas cumbres hasta las honduras más profundas, avezada a los altibajos hasta tal extremo, que todo su discurrir y sentir se mueve espontáneamente entre los contrastes más estridentes, apenas accesibles a nuestro modo de ser; ya describiendo con el más crudo realismo de la palabra y de la paleta, aun las cosas más bajas y repulsivas, ya exaltándose en un idealismo sublime hasta donde se olvidan las dimensiones y se confunde la ilusión con la realidad, abrazándose con el Cielo mismo, para volver a caer de repente en la profunda melancolía del pobre pecador desengañado de todo.

Un arte de este jaez tiene que entrañar forzosamente todas las cualidades, pero también los defectos propios de un alma constituida así. Sólo rara vez la pintura española alcanza la belleza espiritualizada de la italiana, pues casi toda ella se resiente de la grave melancolía del terruño, o de la nostálgica y apasionada del místico. No es un arte alegre y gayo, pero sí verdadero y real hasta la crudeza. Hé aquí su virtud oculta, su belleza interior, muy distinta de la sonriente serenidad mundana de los pintores italianos. Para el que se ocupa cariñosamente de la mentalidad española, este arte constituye una fuente inagotable de emociones profundas y bellísimas. En el arte pictórico, en el literario, el monumental, el escultórico, por dondequiera, se echan de ver las peculiaridades del alma española con toda su sublime grandeza, pero también con sus dolores. Para gozar y comprender el arte italiano, el flamenco, el francés, al menos por lo que se refiere a sus obras cumbres, no se necesita el previo conocimiento del respectivo carácter nacional. Las excelencias de tales obras son perceptibles y accesibles aun para quien no sepa nada, o muy poco del hombre italiano o alemán o francés. Su contemplación nos convence inmediatamente. El arte español, por el contrario, debido a su fuerte índole nacional y popular, aparece con tanta originalidad que, a primera vista, suele despertar asombro y aun cierta perplejidad. Exige al contemplador una como total revisión de los valores estéticos. Lo mismo sucede con la literatura: para quien desconozca las profundidades de España, permanecerá en el fondo un misterio bajo siete llaves. Quien quiera desentrañar el sentido íntimo, aun del Quijote, necesita ahondar en el *alma* española. En cambio, para gozar las bellezas de la Divina Comedia, de Dante, si bien se precisa una sólida cultura general clásica y filosófica, no es

menester conocer profundamente las peculiaridades del alma italiana o toscana.

Todo gran arte, aunque radique en lo nacional, se eleva tan por encima de las fronteras que acaba por pertenecer a la humanidad entera. ¿Cómo debemos explicar que un pueblo tan dotado para el arte como el español haya producido *relativamente*—instinto en el adverbio— pocas obras de tamaño tal que se puedan considerar como universales? Y eso que los artistas españoles nada tienen que envidiar a los de otras naciones ni en inspiración, ni en gusto, siendo asombrosa la cantidad de talentos naturales que produce España. Lo que les falta a menudo son los medios técnicos, sólo asequibles a fuerza de una labor constante y tenaz, para poder dar expresión a su genialidad innata. De ahí que muchas obras del arte español aparezcan profundamente sentidas, pero deficientes en la ejecución técnica, lo cual les impide que surtan todo el efecto correspondiente a su valor intrínseco. Sólo en las obras cumbres, como el Quijote, escrito con un desaliño estilístico grandioso, tales deficiencias del ropaje exterior, en vez de resultar contraproducentes, parece que dan aun mayor realce a la exquisitez de las ideas. Pero ya no cabe decir lo propio de la vasta obra de Lope de Vega. Calcúlanse en cerca de 1.500 las piezas de teatro que escribió. Cada una de las 500 que se han conservado contiene belleza poética sin igual, pero no se conoce una sola que no se resienta de cierta deficiencia en la ejecución. Daña la obra de tantos artistas españoles la falta de aquellos requisitos técnicos, que muchos artistas extranjeros, a ellos inferiores en genialidad, suelen aprender como el a b c, poniendo de su parte todas las virtudes del buen burgués, sobre todo una gran dosis de laboriosidad y constancia, sin las cuales ningún mortal, así sea el más privilegiado, puede llegar a la perfección. No es difícil averiguar la causa íntima del mal que impide el pleno desarrollo de las ricas aptitudes naturales del artista español. Las referidas cualidades burguesas equivalen indudablemente a una cierta autodisciplina y, por tanto, a una limitación de lo puramente espontáneo. Este encauzamiento de la pujante espontaneidad en los canales de una consciente voluntad dirigente supone para todo español el más arduo sacrificio que se le puede exigir. La nota dominante de su temperamento es la *pasión*, lo *pasivo*. El español propende a dejarse vivir, al revés del hombre *activo*, siempre dispuesto a dominar la vida por el trabajo disciplinado, constante y encaminado a un fin determinado. Lo que al español le impide trabajar en este sentido activo, ya lo dejamos apuntado en otro lugar, no es la pereza física, sino la repugnancia del hombre abierto a lo universal de limitarse a sí mismo, indispensable para un trabajo

eficaz. Pues éste siempre se orienta hacia una finalidad determinada, exigiendo que el hombre renuncie conscientemente a todo lo demás que solicite su atención; en resumen, ningún trabajo se puede llevar a cabo sin cierta especialización, o sea, consciente afirmación de la tendencia opuesta al universalismo. Pues bien: con la misma repugnancia con que el español se siente sólo parte de un todo mayor, se dedica única y exclusivamente a sólo una parte de la realidad que le circunda. En general, el artista español siempre ha querido demasiado: "O César o nada".

Otra causa por la cual el arte español, a pesar de la sublime genialidad de sus autores, sólo ha podido encarnar en relativamente pocas obras muy grandes, se halla escondida en un hecho afín a lo expuesto: En Italia, casi todos los grandes maestros han tenido un número de discípulos más o menos dóciles, quienes, lejos de ser sus serviles imitadores, estaban con ellos algún tiempo, el suficiente para aprender los procedimientos técnicos. Esto no les impedía que después tomaran otros rumbos distintos, acaso opuestos, señalados por su propio ingenio. En España, tales cofradías artísticas, como todas las comunidades, han podido florecer sólo en escaso número, por causa del individualismo rebelde de la raza. Aquí los discípulos de los grandes maestros, o eran sólo talentos de segundo o tercer orden, sin personalidad propia, o cuando tenían originalidad, difícilmente se avenían a seguir más tiempo bajo la tutela del maestro, que el estrictamente necesario para aprender los fundamentos técnicos más elementales de su arte. Por consiguiente, rarísima vez se da el caso, con tanta frecuencia observado en el arte italiano, de que alguna peculiaridad propia de un maestro, se vea llevada a la perfección por el discípulo. Esta tendencia disgregadora siempre ha venido contrariando la formación de escuelas estilísticas. El prurito de originalidad que caracteriza, sobre todo la época del barroco, no consentía que ningún artista aprendiese nada de otro. Cabe decir de un modo general, que la adquisición casi exclusivamente autodidacta de lo puramente técnico siempre cuesta un tiempo y un trabajo, desproporcionados con el resultado. En vez de aprender humildemente su oficio bajo la dirección espiritual de un maestro, muchos artistas españoles han despilfarrado sus mejores energías en un afán de independencia prematura, que perjudicó su obra. Si la contribución de España al acervo común del arte cumbre resulta menos importante de lo que debía esperarse, no es debido ciertamente a la falta de dotes sino únicamente al deficiente cultivo de unas facultades verdaderamente extraordinarias.

El generoso afán universalista de España por abarcar en un

fraternal abrazo de amor cristiano al mundo entero ha sido la causa del hundimiento material de su Imperio. Este mismo universalismo, olvidado de lo material ha sido también la tragedia de su arte.

Y más aún de su ciencia. Hay quienes creen que el arte pertenece sólo al ingenio y que la ciencia atañe sólo al intelecto. Los que tal opinan, suelen confundir la ciencia con la mera erudición. Esta, desde luego, no tiene nada que ver con el arte. El espíritu notariesco y silogístico del hombre puramente erudito es diametralmente opuesto al del artista. Es indudable que un investigador necesita una buena dosis de bien equilibrado espíritu burgués, para hacer algo de provecho, pero si a estas cualidades no se suma la genialidad, nuestro hombre, por docto que sea, no pasará de ser un coleccionador de materiales sin potencia creadora. Claro está que, al revés del artista, en el científico las cualidades burguesas han de prevalecer sobre la genialidad. Y ahora comprendemos fácilmente que el pueblo español haya producido menos científicos que artistas. Su señalada falta de cualidades burguesas lo hace poco indicado para la árida labor austera del científico, a pesar de la grande inteligencia y comprensión rápida que tanto admiramos en él. Alguien ha dicho que el español como pensador es más religioso que filosófico, palabra que caracteriza del modo más feliz a científicos y filósofos. Empezando por estos últimos, nunca son hombres puramente cerebrales, preocupados por la construcción de sistemas filosóficos cimentados sobre la fría serenidad de la lógica. Más arriba decíamos que España no ha producido un solo filósofo especulativo. Sin embargo ¡cuánta filosofía espontánea yace escondida allá en las aldehuelas más remotas del país, donde se encuentran hasta analfabetos con una añeja sabiduría milenariamente acumulada, con un nivel humano altísimo que difícilmente sospecha en ellos el altivo visitante extranjero que todo lo mide por el rasero vulgar del progreso material.

Si la filosofía española carece de cabezas puramente especulativas, su ciencia, apenas sí cuenta con especialistas. La significación de los científicos españoles no estriba tanto en una labor investigadora metódica y pacienzuda como en la genialidad de ocurrencias e ideas repentinas de valor universal, hijas de la meditación. Pero estos descubrimientos en vez de guardarlos celosamente para sí, por el contrario, muchas veces los han arrojado al mundo con el gesto del hidalgo que reparte limosnas a una turba de menesterosos, cediendo así a otros países, con un grandioso descuido, no sólo la gloria de la prioridad descubridora, sino también la utilidad del rendimiento material. Recordamos que la dignidad del español no descansa en lo que tiene ni en lo que hace sino en lo que *es*. ¿Que otros se ufanen de su

obra? ¡Buen provecho les haga! Toda una serie de descubridores y sugeridores españoles no han salido nunca del anónimo. Además en un pueblo tan inorganizable como éste, el talento individual raramente encuentra el apoyo y la animación con que científicos y artistas pueden contar en otros países mejor organizados. Casi todos los grandes sabios españoles, lo mismo que los artistas, han sido autodidactas. Este solo hecho hace resaltar el mérito de la labor monumental de un Menéndez y Pelayo quien creó, por decirlo así, de la nada la obra de más envergadura, que hasta hoy se ha escrito sobre la historia del espíritu español. Admiramos, no ya lo obra en sí, sino la energía de un hombre, que ha sabido vencer mil dificultades técnicas y de organización para realizarla, dificultades cuya importancia ningún investigador de otros países de más antigua tradición científica puede imaginar siquiera. Esta falta de tradición investigadora que ha venido obligando a los científicos españoles a empezar casi toda su labor sin bases preexistentes, se ha calificado acertadamente de "adamismo."

Merece especial mención el caso del célebre histólogo Ramón y Cajal, de fama mundial, uno de los más típicos personajes españoles en el terreno científico, en cuanto surgido materialmente de la nada. Hijo de un modesto médico de aldea, no sobresalía en nada, ni como alumno del instituto, ni tampoco como estudiante de medicina, carrera que había elegido sin sentir la menor vocación por ella, y sólo para recoger y continuar la labor ya hecha por su padre. Y es que su temperamento era el del artista. En la guerra de Cuba, donde ejerció algún tiempo el cargo de médico militar fue cuando se dio cuenta del atraso científico en que yacía su pobre país humillado y vilipendiado. Esto hirió su amor propio de patriota, sugiriéndole el propósito de dedicarse a alguna especialidad dónde descollar, sólo para dar a su patria un nombre de científico de fama universal. Dejando a un lado sus más caras aficiones artísticas, se agarró con todo el tesón del aragonés a un microscopio y no lo soltó hasta que hubo logrado descubrimientos importantísimos en el terreno de la histología. En un Congreso internacional de medicina a que asistió el joven histólogo, hasta entonces desconocido, llamó tanto la atención, que para el subsiguiente quedó elegido presidente por unanimidad de votos.

El científico español —y lo mismo cabe decir del sudamericano— no suele pensar de un modo metódico y abstracto, pertenece más bien al tipo del contemplativo apasionado. Se le ha comparado con un hombre sentado en la cumbre de una alta montaña en actitud de contemplar un paisaje sumido en la niebla. Al principio no ve sino algunos detalles sueltos e incoherentes, algún árbol, el recodo de un río,

partes de una carretera, hasta que de pronto, vislumbra la totalidad del paisaje. A diferencia del pensador abstracto, el cual, partiendo de una causa primaria marcha de un conocimiento a otro, mediante conclusiones lógicas, los conocimientos del español nacen de la intuición, produciéndose unos a modo de chispazos eléctricos. Ahora bien, esta intuición rara vez desciende al detalle exacto; en cambio, suministra una visión sintética de todo un conjunto de datos complejos, que el mero especialista analizante y detallista difícilmente puede percibir. Este, generalmente se inclina a menospreciar la universalidad enciclopédica, propia del contemplativo, cuya labor es forzosamente más de extensión que de intensidad minuciosa. Por otra parte, si la visión de conjunto no puede atender al detalle, es innegable también que el mero especialista, incapaz de sintetizar, pierde fácilmente el instinto de lo esencial, que al llamado "superficial" no falla nunca. El científico de cuño español, refractario al especialismo, tiene la psicología vital del artista.

### ALGO SOBRE EL LENGUAJE

Ruego al lector desinteresado de cuestiones filológicas que no salte este capítulo, y al filólogo o al aficionado a filología que no tuerza el gesto al advertir que aquí no se habla tanto de la lengua culta como del lenguaje diario. Y es que en la charla, en el modo de hablar familiarmente se puede conocer el carácter de una persona. Tratándose de pueblos enteros, su lenguaje hablado deja traslucir el alma nacional. Y no me refiero tan sólo al contenido, a la substancia que se exprese sino a la manera de hablar, más significativa en España que en otros lados.

¡Qué bien ha hablado este señor ! ¡Qué pico de oro! manifestó un pobre hombre, al comentar la "brillante" conferencia del sabio orador tal, sobre no sé qué asunto relacionado con la política arancelaria, —claro, yo no he entendido gran cosa, pero ¡qué bien habla el gachó!— Esta afición a la retórica, que se manifiesta en el lenguaje hablado por una gran abundancia de gestos y una sorprendente variedad mímica, y en el literario por la riqueza y brillantez de giros y metáforas de un estilo afiligranado, ha sido sañudamente combatida, sobre todo, por los representantes de la generación llamada del 98, cuyo lema fue: ¡fuera con la altisonancia y vuelta a la sencillez, a la austeridad y a la objetividad!

Sin embargo, no debemos olvidar que, cuando hablamos de escritores, grandes o pequeños y aun los de ínfima categoría, éstos representan siempre, con relación a la totalidad del pueblo, una mino-

ría exigua, cuya misión, bien es verdad, consiste, o debía consistir, en ejercer sobre aquél una influencia educativa y cultural, pero que no cabe identificar con él. En España, los hombres del espíritu, los verdaderos, siempre han sido interiormente solitarios, a pesar de sentirse fuertemente ligados con su nación. Tal ambiente de soledad espiritual, ya lo indicamos en lugar oportuno, rodea a todos los individuos, en tanto que el español, a pesar de su sociabilidad, es poco propenso a las confesiones íntimas. "Cada uno tiene su alma en su almarío", según frase andaluza. "Nadie sabe el alma de nadie", ha dicho Sancho Panza. Los numerosos vínculos, que unen al español con la sociedad en general, parece que no hacen sino compensar la gran soledad interior, casi cósmica en que vive el individuo. Esta aumenta en razón inversa de la sociabilidad, es decir, que el hombre, cuanto más entregado vive a las cosas del espíritu, más se va distanciando interiormente de la sociedad. Y esto le capacita para advertir en ella muchas lacras y debilidades que la gente del montón no ve y cuya crítica difícilmente perdona.

Sin embargo, el lector extranjero se guardará muy bien de dejarse impresionar demasiado por la virulencia de tales críticas, extremadas naturalmente, como todo lo que el español hace con apasionamiento. Deben, cuando más, abrirle los ojos para percibir tales daños, verdaderos o sólo pretendidos que, según aquellos críticos, aquejan la vida española. Juzgarlos y tratar de comprender sus causas es lo que cada uno debe hacer por su propia cuenta.

Una de las cosas que más se han censurado es el retoricismo español. Esta crítica es justa, mientras vaya dirigida contra la palabra brillante encubridora de la ausencia de ideas, pero deja de serlo, cuando se desentienda de la ley fundamental de la íntima correspondencia, que en todo lo español existe, entre la substancia y la expresión, el contenido y la forma, entre la idea y el estilo. Los pueblos germánicos dados a vivir más para dentro que para fuera, tienden a descuidar la expresión y aun a desconfiar del contenido, cuando la forma aparece excesivamente elegante. Los pueblos meridionales, especialmente el español, propenden a la tendencia contraria: mayor preocupación por el estilo que por la sustancia. El justo medio, o sea una espontánea armonía perfecta entre la idea y la expresión, se observa en el lenguaje hablado de los españoles. Me refiero especialmente a los gestos y la mímica que suelen estar en perfecta correspondencia íntima con la idea que acompañan.

Cuando vemos en España a un hombre que al hablar gesticula con manos y pies, podemos tener la completa seguridad de que es un extranjero. Este buen señor habrá observado que los españoles al



hablar hacen efectivamente muchos y muy diversos movimientos, sobre todo con las manos, o los brazos y con los músculos faciales. Como en el español, tales movimientos o gestos son perfectamente naturales y espontáneos, el extranjero generalmente no se da cuenta de lo diferenciados y finamente matizados que son en realidad y de lo difíciles de imitar. Debemos distinguir rigurosamente el gesto que sirve sólo para ayudar a la expresión y el expresivo en sí. Muchos extranjeros que manejan imperfectamente el idioma procuran suplir su deficiencia lingüística con el empleo excesivo de toda clase de movimientos más o menos desgarbados, creyendo que esto resulta más español que la total abstención del gesto. Error fatal. Bien es cierto que hay españoles que gesticulan con gran viveza. Pero sus gestos no dejan nunca de ceñirse estrechamente a la expresión. Cuando un español de temperamento fogoso expresa p. e. la idea de lo "redondo", describe con ambos índices un círculo más amplio que un compatriota suyo, menos exuberante, o de humor enfurruñado. Pero a ningún nativo le ocurrirá nunca hacer un gesto análogo con ambos puños cerrados, lo que delataría inmediatamente al extranjero, por bien que dominara el idioma. El ejemplo citado pertenece a los innumerables gestos que podríamos llamar "acompañantes", usados sólo para ayudar a la expresión. Pero son los más difíciles de aprender, precisamente por su índole espontánea. Exigen, a más de buenas condiciones generales para el idioma, un especial talento mímico. Sólo mediante una observación siempre despierta y un autocontrol muy riguroso, un extranjero, deseoso de perfeccionarse, puede llegar, poquito a poco, a apropiarse tales gestos, difícilísimos de captar, precisamente por lo espontáneos e incontrolables. Y aun así, muy pocos, por más que se afanen, llegarán a la meta, aun cuando se hayan familiarizado hasta el punto de usarlos con perfecta naturalidad los más corrientes gestos expresivos, p. e. el de la negación que consiste en mover el índice de la mano derecha (sin menear la cabeza) y otros por el estilo.

El alemán, en general, está tentado de considerar todos los gestos como elementos, al menos, superfluos, creyendo que un español bien educado rehuye el hablar "con pies y manos", lo mismo que un alemán culto. Pero tal apreciación es errónea. La gesticulación y la mímica, en cuanto se refiere a los españoles, no tienen absolutamente nada que ver con el grado de educación del individuo hablante. Son medios de expresión propios de todos, cuya mayor o menor amplitud, más que de la cultura, depende del temperamento de cada uno o de su respectiva disposición de ánimo. El más: forman parte integrante del lenguaje hablado, hasta tal punto, que deben considerarse como

desglosables del mismo. En Andalucía, como también en Sicilia, existe todo un lenguaje a base de gestos, de los que llamábamos expresivos. De todos modos los gestos y la mímica, o sea, los movimientos expresivos de la musculatura facial, significan para el lenguaje hablado bastante más que un fenómeno puramente accesorio y en el fondo superfluo, siendo su dominio, siquiera aproximado, indispensable para todo el que pretenda hablar el español "a la perfección".

Existe un número relativamente crecido de extranjeros que llegan a dominar el inglés y el francés con tanta soltura y corrección gramatical y fonética, que podrían pasar por nativos. Aunque esto supone un mérito mucho mayor de lo que un profano en asuntos lingüísticos pueda imaginarse, son infinitamente más arduas las dificultades que tiene que vencer quien pretenda llegar a un grado análogo de perfección en el dominio del español hablado. Supongamos p. e. el caso de un extranjero que conozca a fondo la gramática española, poseyendo un vocabulario muy amplio, manejando con la mayor desenvoltura y oportunidad los más variados giros, incluso los populares, pronunciando correctísimamente y aun con entonación justa; por si fuera poco, concedámosle además que por lo físico también pudiera tomársele por español: tengamos la completa seguridad de que no tiene sino que pronunciar cuatro palabras seguidas, para que de cien españoles noventa noten que es extranjero. Y es que un solo movimiento del cuerpo discordante con la expresión oral bastó ya para llamar la atención del perspicaz español, de instinto certero e infalible para todo lo que no sea genuino y castizo.

El idioma español suele tenerse en concepto de fácil. Si bien es verdad que las nociones elementales de esta lengua no presentan dificultades insuperables para ningún extranjero deseoso de apropiárselas, nadie que haya luchado seriamente por penetrar en los recovecos íntimos del idioma, a menos que sea un verdadero genio lingüista, podrá negar que el camino que media entre el dominio de lo elemental y la maestría verdadera es tan largo como arduo. La inmensa mayoría de los extranjeros residentes en España y los países de habla española, se contenta con aprender sólo lo estrictamente preciso para hacerse comprender de los nativos, siendo poquísimos los que llegan jamás a elevarse por encima de tan modesto nivel. Pues —a diferencia de los niños, que aprenden cualquier idioma sin darse cuenta— una persona adulta tiene que afanarse constante y conscientemente o no alcanza nunca un mayor grado de perfección por más años —veinte, treinta o cuarenta— que resida en país de habla española.

A más del gesto, cuyo manejo deficiente llama en seguida la

atención de cualquier español, por pertenecer este pueblo perfectamente al tipo psicológico visual, cabe decir lo propio respecto de la pronunciación, y dentro de ésta, la entonación, la que para el oído constituye lo que para la vista el gesto. En cuanto a los diferentes sonidos españoles, aparte la erre, cuya articulación tanto a los alemanes como a los franceses suele costar algún trabajo, creo que apenas si existen consonantes que un alemán medianamente dotado para los idiomas no sea capaz de pronunciar. Lo que sólo muy pocos llegan a aprender, aunque no aparenta grandes dificultades, es la entonación de las vocales. A diferencia del vocalismo alemán, que se caracteriza por una gran variedad de matices diferentes, cualitativos y cuantitativos, el español cuenta con solo cinco vocales, las cuales en posición acentuada, ni son cortas ni largas, ni abiertas ni cerradas, sino semilargas o semicortas y semiabiertas o semicerradas, respectivamente. Corre paralela con este vocalismo tan refractario al matiz, una entonación casi monótona en la prosodia española, que contrasta notablemente con las frecuentes oscilaciones de la voz dentro de la frase alemana. El alemán, muy parco en sus ademanes exteriores, parece que gesticula con la voz. En cambio la entonación española recuerda la austera monotonía de la altiplanicie castellana.

Este solo dato que acabamos de señalar, para hacer resaltar diferencias muy esenciales que entre ambos idiomas existen, habrá bastado para que uno se dé cuenta de lo poco que sabe de la propia lengua materna, cuyas peculiaridades fonéticas el adulto se inclina a transmitir bonitamente al idioma extranjero que se esfuerza en aprender. Para adquirir una pronunciación española limpia de todo acento extranjero, quien no posea un extraordinario talento imitativo, necesita una voluntad férrea, mucha constancia y, sobre todo, una gran capacidad para el autocontrol, cualidades que aun una estancia en España de muchos decenios no puede suplir.

Quien quiera penetrar en los recovecos íntimos del alma española, deseoso de conocer los secretos y complicaciones psicológicas de este pueblo tan original e interesante, no lo conseguirá jamás si se contenta con saber el idioma sólo a medias. Mientras su dominio lingüístico sea tan deficiente que se le nota a la lengua que es extranjero, el español le tratará, desde luego, con todas las consideraciones que suele guardar al forastero, pero también con aquella reserva interior que mantiene instintivamente frente a todos los que sean de puertas afuera.

Hemos señalado a los españoles como pertenecientes al tipo psicológico visual. Pero no con menor agudeza que su vista, reacciona su oído, capaz de percibir con increíble infalibilidad las más mínimas

desviaciones del acento que le es familiar. Ahora bien: mientras el alemán suele acoger con benévola simpatía el acento extranjero de un meridional que chapurrea el alemán, sobre todo, cuando su lenguaje va acompañado de gestos elegantes y expresivos, no sucede lo propio viceversa. Un alemán que habla mal el español hace siempre una figura bastante deslucida. Aquí asoma la sempiterna tragedia de los pueblos germánicos, que siempre han sentido la nostalgia del mediodía y del sol; mientras que los meridionales no se sienten atraídos en la misma medida, ni con mucho, por el norte. O en otros términos: el amor romántico y nostálgico del germano no es correspondido apenas por la gente del sur. El norteño generalmente se esfuerza por comprender al meridional y lo consigue más fácilmente que al revés. Y es que nuestro idioma presenta incomparablemente más dificultades para un español, que la lengua de éste para un alemán. Si realmente los alemanes fuésemos un pueblo tan mecanizado y de tan pocas complicaciones psicológicas como muchos meridionales creen, porque se pagan demasiado de lo externo, esta primitividad debía translucirse, ante todo, por la lengua. ¿Cómo explicar entonces que la estructura del idioma alemán sea tan complicada, por no citar más que este solo hecho?

Ahora, el español, dentro de los idiomas latinos, ocupa un lugar especial, por algunas peculiaridades internas, que lo aproximan más a las lenguas germánicas. Una de ellas es su propensión a lo irracional. La afición a lo misterioso, a lo velado, indirecto y aun lo místico, que en la arquitectura, igual que en Alemania, se manifiesta por una gran riqueza de monumentos góticos y barrocos, es atestiguada en el idioma por una superabundancia de sufijos aumentativos, peyorativos y diminutivos, con sus múltiples matices semánticos, infinidad de interjecciones, en parte complicadísimas, a las que se añaden las improvisadas, comparaciones acertadísimas, no pocas de ellas humorísticas, a base de retruécanos; metáforas tan ingeniosas que no sabemos qué admirar más, si el vuelo de águila de una imaginación fecunda y exuberante o un acierto y una seguridad de expresión que no tienen igual en ningún idioma europeo.

Bien es verdad que el español cuenta entre los idiomas romances, pero casi diríamos que "por casualidad", por su estructura exterior, por la fachada. Su espíritu o su índole interna difícilmente se aviene con el espíritu propiamente latino. Así p. e. el ideal francés de la mayor claridad posible no coincide con el suyo, que tiende más bien a la expresividad, a lo característico, causa por la cual, no sólo el lenguaje hablado, sino, en ocasiones, también el literario, no repara en emplear expresiones bastante crudas, incluso obscenas. El alemán po-

drá admirar la exactitud lógica y atildada pulcritud que caracteriza la lengua francesa, pero suele sentirse más atraído por la ruda y popular espontaneidad del idioma español. El francés es comparable con un instrumento admirablemente construido, en cuya perfección muchas generaciones han venido esmerándose con afán incansable puliéndolo y limándolo hasta tal punto, que hoy representa una obra acabada y definitiva, un instrumento que el extranjero no necesita sino aprender a manejar. En cambio, el idioma español es más flexible: es como un pellejo, en el cual tiene uno que meterse. Exige al que desee llegar a dominarlo bien, que aprenda, no ya a pensar, sino a sentir como un español.

Yo creo que un extranjero inteligente, aun sin penetrar muy hondo en el alma del pueblo francés sería capaz de aprender perfectamente bien el francés escrito y hablado. No en vano es el idioma preferido de la diplomacia. En cambio, difícilmente habrá un extranjero, buen conocedor de la lengua española, que no sea, al mismo tiempo, un entusiasta amigo de todo lo español.

## EL ESPAÑOL Y LA NATURALEZA

Unos estudiantes alemanes en compañía de un amigo mío español hacían una excursión por los alrededores de Marburgo, de hermosura universalmente reconocida. Llegados a un sitio en medio de un paisaje imponente y grandioso, todos se quedaron profundamente impresionados ante cuadro tan maravilloso. A nuestro español también le pareció "bonito", pero, al poco rato, se puso a liar un cigarro y se disponía a fumar. A lo cual uno de los muchachos alemanes, casi indignado, le interpeló como quien increpa a un sacrílego:—pero ¿va usted a profanar esta hermosura fumando? Quizás a nosotros también nos parezca algo exagerada la reconvención del estudiante alemán, pero no es menos característica que el adjetivo "bonito", de absoluta carencia emotiva con que el español calificaba aquel paisaje.

Trataré de esbozar a *grandes brochazos* la diferencia que existe entre los pueblos germánicos y los latinos en cuanto a la concepción de la naturaleza. Si consideramos la naturaleza como elemento intermedio entre Dios y el hombre, el germano propende a considerarla como más cerca de Dios; el latino la coloca bajo la jurisdicción exclusiva del hombre. El alemán, en su modo de sentir romántico y panteísta, tiende a divinizar a la Naturaleza; el latino, formado espiritualmente por el catolicismo, es propenso a humanizarla. El alemán es amigo de entregarse a la naturaleza con un sentimiento de adoración mística; n cambio el latino, sobre todo el francés, ve en élla a

la gran enemiga del hombre, la materia bruta, que el hombre, dueño de todo lo creado, debe domeñar y plasmar. Esta diferencia salta a la vista si comparamos un parque inglés o alemán con un parque francés al estilo versallesco. El mérito de un jardín alemán está en que resulte natural. En cambio, el artificioso parque a lo Versalles, casi siempre rodeado, para mayor contraste, de bosques naturales, representa un alarde del hombre, que se impone a la Naturaleza, modelándola y plasmándola a su capricho. Lo que a nosotros nos parece manido y artificial es precisamente de lo que se ufana el espíritu francés que pretende dominar y encauzar con la inteligencia lo que la Naturaleza da espontáneamente. En la Alemania del siglo XVIII, a consecuencia del afrancesamiento reinante en las cortes ducales, los jardines versallescicos también se habían puesto de moda, pero no tardaron en ser sustituidos por el tipo del parque inglés, más afín al sentimiento y gusto del pueblo alemán. El espíritu alemán se ensancha con lo infinito, lo ilimitado, lo indefinido, pero también con lo grande, lo pujante, lo imponente, superhumano y supraterrrenal. El espíritu francés se satisface y comprende en la limitación consciente y afirmada, en lo humanamente dominable, repugnándole todo lo que se escapa al dominio del hombre. He enfrentado adrede primero las diferentes concepciones de la Naturaleza de franceses y alemanes, pues ilustran con especial claridad una fundamental diferencia que media entre las mentalidades germánica y latina. Insisto, sin embargo, en que todas estas apreciaciones no deben aplicarse a las grandes personalidades, refiriéndose únicamente a los pueblos en general.

El que lea esto podrá estar tentado de creer que el latino domina la Naturaleza, mientras que el germano se deja dominar por ella. Pero esta conclusión sería errónea. Pues en último término todas las culturas y civilizaciones no significan otra cosa que los progresos realizados por el hombre en su lucha liberadora contra las ciegas fuerzas de la naturaleza, ante las cuales se hallaba en actitud defensiva desde los albores de su existencia. ¿Quién podrá negar que los pueblos germánicos con su técnica adelantada hayan contribuido enormemente a la sumisión de la Naturaleza?

Durante toda la Edad Media el sentimiento de la Naturaleza, tanto en los germanos como en los latinos, estaba definido por la ideología cristiana; la Naturaleza en conexión con el pecado original era el elemento enemigo que el hombre debía superar. Sólo el Renacimiento con sus descubrimientos fundamentales fomentadores de una creciente aglomeración de la humanidad europea en grandes ciudades, trajo consigo un cambio profundo en el sentimiento vital de la gente: el hombre comenzó a emanciparse, fenómeno que influyó decisiva-

mente en su concepción de la Naturaleza. El luteranismo, sin embargo, con su fuerte acentuación de la omnidependencia de todas las criaturas, racionales e irracionales, de Dios, favorecía una mayor fusión entre el hombre y la creación, que el catolicismo español, regenerado y reformado por la Contrarreforma de la Compañía de Jesús: El hombre, que no forma parte, sino el centro del universo, es llevado a un conocimiento más profundo de su yo, mediante los Ejercicios ignacianos; el ascetismo le ayuda en la lucha contra los instintos naturales. A esto se agrega la doctrina del libre albedrío proclamada por los teólogos españoles, cuya opinión prevaleció en el concilio de Trento, frente a la concepción predeterminista protestante, que se aproximaba más al concepto germánico de la Naturaleza como destino ineludible, impuesto por Dios.

El romanticismo trajo consigo otra diferenciación dentro de la humanidad europea. Mientras que en Alemania e Inglaterra era autóctono, produciendo valores auténticos y legítimos, en los países latinos apenas sí pasó de ser una mera moda. En Alemania dio origen a un gran florecimiento artístico, sobre todo, en el terreno musical y en la poesía lírica; en Francia y en España, el arte romántico es más flojo que el de otras épocas. El romántico alemán amó en la Naturaleza lo misterioso, lo enigmático, pero también todo aquello, lo superhumano, grande, sublime, que le hacía olvidar lo finito, limitado, de su propia condición humana. En el hombre latino, lo mismo que en el antiguo del tipo apolíneo, los citados atributos no hacen sino acentuar más aún el abismo que le separa de la Naturaleza. Lo que más contrariaba forzosamente el racionalismo francés fue el llamamiento romántico a las fuerzas de lo subconsciente, irracional; pues en concepto del francés —concepto este influido por la doctrina cristiana del pecado original— estas mismas fuerzas constituyen para el hombre un peligro, por su índole incontrolable. Existen sólo para ser dominadas y superadas. El profano alemán encuentra poco convincentes a los protagonistas del teatro clásico francés, porque sus pasiones no estallan nunca. En cambio el espectador francés, las adivina agitarse bajo la superficie de lo visible, produciéndole un goce estético humano muy elevado el verlas dominadas. El artista francés entroniza a la razón, la voluntad del intelecto como factores coercitivos, limitantes y, por tanto, plasmadores.

El artista español persigue otro fin muy distinto: representar al hombre en su *totalidad*. Ella exige que conceda también a la pasión todos los derechos que le corresponden, pero no por respetuoso acato de la Naturaleza, como el dramaturgo alemán, sino por amor a la integridad del hombre.

Esta posición de preferencia que el hombre ocupa en todas las apreciaciones españolas explica la repugnancia y el odio que el español siente hacia el mecanismo de la máquina. La máquina ciertamente sirve para el dominio de la Naturaleza, pero siempre amenaza subyugar también al hombre. El amor a la Naturaleza que caracteriza al habitante de las grandes ciudades alemanas y que se manifiesta, aparte la conocida afición excursionista, modernamente, por la resurrección de las antiguas costumbres populares, se explica en gran parte como reacción contra la amenazante mecanización de la existencia. Contra ella nos hemos venido defendiendo con menos tesón que los meridionales, porque en la mentalidad alemana la idea impersonal, o sea, un principio metafísico, en nuestro caso, el imperativo categórico de una dura necesidad inexorable, han prevalecido sobre las conveniencias y aficiones puramente humanas. Sólo al imperioso mandato de la necesidad, impuesta por la evolución europea y no por una supuesta inclinación materialista, el “pueblo de los poetas y soñadores”, de la música y la filosofía, ha tomado otros rumbos bien distintos, pues superior a todos los valores, incluso los más sublimes que su espíritu ha dado a la humanidad, le pareció su propia existencia nacional, sobre cuya base había de cimentarse todo lo demás. En el trágico conflicto entre el amor a la Naturaleza y la necesidad de dominarla mediante la máquina, el pueblo alemán, cumplidor de un deber, mucho más doloroso para él que ningún extraño imaginar puede, optó por la máquina. Pero esta dura necesidad sólo ha podido aumentar y profundizar más aún su amor a la Naturaleza. Sin embargo, no tienen razón quienes suponen que el alemán gusta de entregarse a la Naturaleza con entera pasividad. Busca por el contrario en el seno de la Naturaleza su propio yo; su alma se ensancha, se siente más cerca de Dios. Y como él se comprende como parte mínima de la creación —compárese la filosofía de Leibniz con la de Descartes— la actitud que adopta frente a la Naturaleza es de respetuosa veneración, atestiguada, entre otras cosas, por un gran *cariño a los animales*.

El español, por el contrario, se siente separado por un abismo de todo lo que no sea humano. El se comprende como dueño absoluto de todo lo creado y no como parte de la creación. De ahí la menor estimación que goza en España el animal. El invectivo “animal” es de los peores insultos que cabe lanzar a un hombre. Es infinitamente más insultante que el alemán “Vieh”, que se refiere a una especie determinada de animales domésticos o sea al ganado vacuno, reprendiendo además sólo la falta de inteligencia en un individuo. En cambio, el español “animal” comprende la ausencia de *todas* las cualida-



des humanas, equivaliendo por tanto a una total degradación del resultado, por tonto, brutal, inconsiderado, torpe, etc.

El lugar que ocupa el animal en la estimación española y su fundamento religioso queda bien caracterizado en un pasaje de la comedia de Arniches "La Chica del Gato". A una chiquilla, hijastra de un matrimonio de ladrones, por el que se ve constantemente maltratada por mostrarse incapaz de ayudar a sus padrastros en su in noble oficio, gentes compasivas le han regalado un gato. Con él comparte sus juegos, su mísero lecho y su pobre comida y, falta de otro amor, está tan encariñada con el animalito como si fuese una persona. Una tarde, unas señoras de alguna asociación benéfica vienen a visitar aquel tugurio. Al observar el cariño que la niña muestra con su gatito, una de las señoras la reprende con estas palabras sumamente significativas:—¿No ves que es ofender a Dios, querer tanto a un animal como si fuese una persona?— Ahí se ve claramente, cuánto el español coloca al hombre por encima del animal "que carece de alma inmortal". Ahora bien: el menosprecio con que se considera al animal como ser inferior, resultado lógico de este modo de pensar, nos hace comprender que los animales rara vez reciban, ni con mucho, trato tan bueno y solícito como en nuestro país, donde gozan de una protección y un cariño que un español fácilmente encuentra exagerado y sentimental. Pues el hombre del pueblo se inclina a tener al animal en concepto de objeto vivo, del que puede disponer a su antojo. Si lo ve maltratar, apenas sí le afecta más que cuando nosotros vemos podar o talar un árbol. Si bien el animal, por su estructura orgánica se halla más cerca del hombre que de los vegetales, el español coloca al hombre tan infinitamente por encima del animal que éste queda rebajado casi al nivel vegetal. Muy parecidamente a la concepción de los antiguos, en España el hombre es la medida de todas las cosas. El no se comprende relativo sino absoluto. Muy por debajo de él, a sus pies, queda toda la creación orgánica e inorgánica, o sea la Naturaleza. Con ella sólo materialmente se siente solidario, pero no fraterniza espiritualmente.

Todo esto nos hace comprender que el trato, en nuestro concepto, poco compasivo que se da a veces en España a los animales no nace de la pretendida "crueldad" española, o sea de un sádico anhelo de atormentar, sino, más bien, de la indiferencia e impasibilidad de quienes ni siquiera se dan cuenta de que el animal sufre. El hombre cruel quiere hacer daño y se goza en el sufrimiento ajeno. El español, capaz para el dolor como ningún pueblo europeo, se muestra, por eso mismo, duro e impasible ante el dolor ajeno. Es bueno y genero-

so, pero como curtido en el dolor, (1) nada propenso al sentimentalismo ni a la ternura, cualidades incompatibles con el recio temple espiritual de este pueblo varonil. En los países del norte un carretero que maltratara a su bestia sería incapaz de afecto alguno, porque un hombre que hace daño a sabiendas, es cruel de veras. En cambio un mulero español, aunque pegue bárbaramente a su caballería, puede ser un marido modelo y un amigo generoso, en una palabra una excelente persona. En Asturias conocí a una buena mujer, ama de llaves en una finca, que se desvivía por sus dueños, solícita, cariñosa, con un corazón de oro. Esta misma mujer trataba a sus gallinas como si fuesen género vivo, atando por las patas las que se habían de vender y llevándolas colgadas con las cabezas hacia abajo. Yo creo que en su vida se le hubiera cruzado por la mente la idea de que aquellos pobres animalitos pudieran sufrir.

Esto nos hace adoptar un criterio distinto del que los extranjeros del norte suelen emplear al juzgar las corridas de toros. Por lo mismo que el español asigna al animal un nivel tan inferior al del hombre, no se le ocurre siquiera ponerse en el caso de la bestia indefensa y cruelmente burlada. Pues no considera al toro como adversario en pie de igualdad, ni muchísimo menos. La fiera, para él, no pasa de ser un *medio* que encarna un peligro. El torero, al combatirle, no ha de mostrar su "superioridad"—pues el hombre es siempre superior a un irracional— sino su valentía, su destreza, su sangre fría, pero también su arte frente al peligro que amenaza constantemente su vida. El toro no es más que una especie de comparsa, necesaria para que el hombre pueda desplazar las cualidades referidas. En cuanto a los aplausos que acompañan al toro en el arrastre, cuando ha sido bravo o los silbidos, cuando ha sido manso, han de considerarse como manifestaciones de agrado o desagrado, dirigidas al ganadero, o sea, otra vez al *hombre*.

Aparte mi deseo de invalidar el denigrante concepto de crueldad general, en que muchos extranjeros desconocedores de la mentalidad española suelen tener a este pueblo, no he de callar que en estos últimos decenios la suerte del animal en la península ibérica ha venido mejorándose notablemente. En ello habrán influido sugeriones extranjeras, pero es el caso que en casi todas las ciudades mayores existen asociaciones protectoras del animal, las que, entre otras cosas, han podido conseguir que, en las corridas de toros, los caballos vayan provistos de petos protectores contra las cornadas del toro. Por lo demás, el futbolismo, que desde hace años se ha venido aclima-

---

(1) ¿Qué otra cosa es el "cante jondo", que una explosión de dolor?

tando en España, hace una competencia cada vez más seria a la tauromaquia. Es de anotar, por fin, que siempre ha existido en España una fuerte corriente antitaurina y que, por otra parte, no pocos extranjeros se muestran bastante aficionados a este espectáculo sangriento, pero emocionante y artísticamente grandioso.

Pero ¿y las atrocidades cometidas en la Guerra Civil? ¿No parecen confirmar de lleno el tópico de la "crueldad" española con una serie de crímenes y de sucesos horripilantes, cuya autenticidad nadie puede negar? Aunque el odio engendrador de tales actos haya sido inspirado por la propaganda de Moscú, no debemos olvidar que el español, hombre de pasión, es capaz de mucho mayores excesos que la gente del Norte, más reflexiva y menos espontánea. La pasión hace a los españoles tan extremados en el odio como en el amor. Además es harto conocido el hecho psicológico de que la genialidad es siempre propensa a pisar las orillas del crimen. Nadie menos que Goethe ha dicho: No hay crimen, por horroroso que sea que no me pueda figurar haber cometido. El gran Bismarck manifestó en sus años mozos: O seré el primer hombre de Prusia o el mayor criminal. Los dibujos de Goya dan otro testimonio de las criminales imaginaciones de un hombre genial. ¿Cuál no será la natural capacidad para el crimen en todo un pueblo genial, al empuje de un odio que ningún extraño es capaz de vislumbrar, cuanto menos de sentir?

Algunas observaciones sobre el modo de reaccionar el español ante el paisaje. Recordamos que su arte pictórico culmina en el retrato o sea en la representación del hombre. Dentro de ella los elementos paisajistas sirven, cuando más, de decoración. En la literatura, prescindiendo de algunos autores medievales, como Berceo, el paisaje desempeña un papel sumamente modesto. Aun en el siglo diecinueve, incluso en la obra galdosiana sus huellas son escasas. Fuera de una sola página inspiradísima que en uno de sus Episodios Nacionales dedica a la planicie castellana, las pocas veces que en su inmensa obra trata de paisajes hace meras descripciones topográficas sin emoción profunda. Exceptúanse, sin embargo, algunos escritores oriundos de la estrecha faja cantábrica con su clima norteño, entre ellos el gran Pereda, polo opuesto a Galdós a pesar de la amistad que con él tenía.

Sólo la llamada generación del 98, sobre todo Azorín, supo despertar en los lectores españoles el sentimiento del paisaje patrio. Pero en estos escritores se nota una fuerte influencia inglesa y alemana. Como que a su formación espiritual había contribuido notablemente el gran pedagogo D. Francisco Giner de los Ríos, hombre henchido de nobles ideales, pero equivocado en lo fundamental: pues, gran

admirador de la cultura inglesa, estaba empeñado en introducir métodos ingleses en el sistema educacional español. Otra semilla ideológica extranjera, que prendió en aquel ambiente, provino de las ideas del filósofo alemán Krause, nombre casi desconocido en la propia Alemania, aun entre los especialistas. Estos españoles de la citada generación del 98 habían aprendido a ver la tierra patria, pero la veían con ojos de extranjeros. Además, no es que el paisaje de por sí les sugiriese emociones artísticas; les servía, más bien, de campo dónde encontrar analogías a su propia disposición de ánimo. El escepticismo y la melancolía de su espíritu torturado y cansado se aconsonantaban, sobre todo, con la triste monotonía de la planicie castellana. Sin embargo, las rudas bellezas de esta llanura no fueron descubiertas por un nuevo sentido refinado para los encantos ocultos de tales paisajes, sino por el pesimismo de aquella generación. Son indudablemente notables, las descripciones paisajistas de algunos autores sudamericanos contemporáneos; sin embargo, admiramos en ellos más la exuberante brillantez de las metáforas —relacionadas casi todas con el cuerpo *humano* y sus partes, detalle este muy significativo— que la emoción estética como reflejo del propio paisaje que con tanto virtuosismo estilístico saben pintar.

Hasta principios de nuestro siglo, España carecía totalmente de excursionismo. Ni aun la sublime belleza coronada de nieve de la Sierra de Guadarrama atraía hasta entonces a un solo madrileño. Unicamente siguiendo las sugerencias del citado Giner de los Ríos, algunos profesores y estudiantes de la capital empezaban a salir a aquellas montañas, en busca de solaz y de una emoción estética novísima para todos, gozando la agreste belleza de un paisaje imponente y majestuoso. Sólo poquito a poco este nuevo deporte excursionista iba extendiéndose, ganando adeptos entre la burguesía madrileña. Construyéronse caminos y sendas para salvar los pasos más difíciles y chalets que brindaran cobijo a los turistas. La mochila, antes adminículo sólo de alemanes e ingleses, iba perdiendo más y más su nota estrambótica y extranjerizante, prestándose cada vez menos a la cuchufleta madrileña. Así todo, el excursionismo como fin en sí sigue ajeno a la mentalidad española. Aun el madrileño modernizante suele supeditarlo a un fin determinado: sale a la montaña para cazar o patinar o en plan de deportista corredor, a razón de tantos kilómetros por hora. Sólo los menos buscan, antes que todo, el goce del paisaje.

Esta ausencia de afición excursionista se transluce en la falta de senderos y caminos en los alrededores de algunas ciudades españolas. Es lógico: Mientras los domingos y días de fiesta, en Ingla-

terra y Alemania, los montes y campos son inundados de gente, quedando las ciudades desiertas, en España ocurre lo contrario: todo el mundo se mete en los cafés o sale a la calle, pero a nadie se le ocurre salir de excursión. He vivido algún tiempo en la gloriosa capital de Asturias, de situación indudablemente privilegiada para el turismo: al pie de unas montañas hermosísimas cubiertas de praderas y de bosques, que invitan a excursiones diarias con el llamamiento de su belleza. Invitación baldía, a la que nadie acude. Ninguna vereda lleva a lo alto de las montañas ni al rumoroso misterio de los bosques. Sólo unos cuantos pedregosos caminos de herradura sirven de escasas vías de comunicación para el tráfico campesino entre los diferentes pueblos. En mis numerosas excursiones por las inmediaciones de aquella población no recuerdo haberme tropezado con uno solo de sus habitantes. Comprendí entonces por qué existen tan pocas tarjetas con vistas de ciudades españolas, satisfactorias desde el punto de vista paisajista. Para el español, el paisaje, cuando más, constituye un elemento puramente decorativo. Sólo en conexión con el hombre puede tener algún valor para él, como medio; rara vez como fin último. El centro de todo interés gravita invariablemente hacia el hombre.

A este hecho corresponde la marcada preferencia que el español suele mostrar hacia lo artificial, o sea, lo confeccionado por la mano del hombre, ante lo brindado por la Naturaleza. Ella explica la afición de la española a pintarse los labios, las mejillas y las uñas, operaciones que considera como indispensables para el aseo diario de su persona. Para comprender esta costumbre, en general poco simpática a los alemanes, recordamos una vez más la señalada influencia que ejerce sobre el español la sociedad, cuyo imperio le impone los caprichos de la moda reinante con una tiranía desconocida en nuestro país. Ella ha entronizado, desde hace años, el tipo de la mujer rubia y en rubias artificiales vienen convirtiéndose, no ya las castañas sino aun las morenas, y si todo el oxígeno del mundo no basta para dar a su pelo el rubio, que tanto apetecen, prefieren que éste adopte un matiz cualquiera, incluso el rojizo, antes que avenirse a lucir el hermoso negro natural que Dios les haya dado. Muchos caballeros españoles, parece que no llegan nunca a tener canas. El tinte artificial del pelo finge una juventud eterna, aunque a veces desmentida por los surcos profundos de una cara de viejo. En suma, el español tiende a crear y a conservar a fuerza de medios artificiales, aun aquellos encantos físicos que la Naturaleza le haya negado. El se impone a la Naturaleza, lo mismo que los creadores de los parques al estilo Versalles. El alemán suele abominar de todos los afei-

tes y composturas como de medios "antinaturales". La mayor indulgencia que goza lo rubio artificial en Alemania se explica por la preferencia del tipo nórdico. La facilidad con que se tolera en España lo artificial es favorecida por una señalada propensión al ilusionismo. La barroca confusión del sueño con la realidad que ha inspirado el más famoso drama calderoniano y que reaparece como frecuente *leitmotiv* en toda la literatura española, hace que unos labios de mujer teñidos de carmín no *parezcan* rojos sino que lo *sean* de verdad. Lo cierto es que la ilusión puede más en el español que en la práctica gente del norte. Le envuelve en uno a modo de caparazón protector contra los embates de la realidad de la vida, que acaso conozca demasiado bien. En España, el aseo artificial es tan necesario para la vista, como para el oído las fórmulas de cortesía.

En la preferencia de lo artificial ante lo natural se transluce también la omnipotencia del antiguo ideal civilizador romano. Al deslindar la ciudad del campo, del "agro romano" se segregó al "cives" del "rusticus". Civilizar, en su primitivo sentido, significa, formar a los hombres con arreglo al patrón de la ciudad, alejarles de la Naturaleza, hacerles adoptar costumbres cívicas. Esto trajo forzosamente consigo el menosprecio, por no decir, el desprecio de lo natural. En Madrid se vendían casi exclusivamente flores artificiales, con que se adornaban locales públicos, viviendas particulares y aun los altares de los santos. Convenimos en que Castilla produce pocas flores, pero si realmente existiese una demanda, bien fácil sería de satisfacer, ya que el sur y el levante las brindan en abundancia durante todo el año. Pero es que en las propias ciudades andaluzas y mediterráneas la flor de trapo luce su falsa belleza inodora en jarrones y floreros. Llama la atención la variedad de esencias y jarabes artificiales que se consumen en las ciudades para refrescos, y esto en un país que produce las frutas más exquisitas en abundancia. He elegido al azar estos dos ejemplos de la vida diaria para comprobar la exactitud de lo arriba expuesto.

En el lenguaje, la preferencia de lo *ciudadano*, que, para este caso, cabe identificarlo con lo *artificial*, se manifiesta por una gran afición a los elementos retóricos. Hasta individuos de las más ínfimas capas sociales se complacen en usar palabras altisonantes, "estupendos vocablos", que diría Lope, términos eruditos, a veces con un aplomo asombroso, pero algunas también estropeándolos y adulterándolos del modo más pintoresco. Sobre todo el lenguaje popular de la capital ofrece gran abundancia de expresiones eruditas, palabras de origen extranjero, términos de medicina, de jurisprudencia y por si fuera poco, el pueblo ha sacado, como quien dice de la na-

da, una porción de palabras puramente artificiales, los llamados "camelos", a veces con tanto éxito, que se han difundido por todo el país. Algunas de estas creaciones individuales hasta han penetrado en el Diccionario de la Academia.

Me estoy dando cuenta de que el presente capítulo podrá no agradar y aun suscitar protestas más o menos airadas en algunos españoles. Pero conste que no he querido molestar a nadie y que mi deseo no es otro que hacer comprender la vida española en su totalidad. Si he señalado algunos, que podrían llamarse defectos, adviértese que todo pueblo adolece de los defectos concomitantes con sus virtudes y que éstas no resaltarían en su justo valor, si se callaran aquéllos. Además, a pesar de su preferencia por lo artificial, los españoles no son nada artificiales en su modo de ser, pues aun lo artificial en ellos resulta espontáneo y natural. Debemos comprenderlo como compensación necesaria a su realismo.

### EL LLAMADO "PUEBLO BAJO"

Alguien ha dicho muy acertadamente que "todo lo grande que ha hecho España lo ha hecho el pueblo", palabras éstas que resumen felizmente una verdad sin cuyo conocimiento nadie puede comprender la esencia de la cultura española. El vocablo "pueblo" suele emplearse a menudo en un sentido peyorativo, viniendo a significar algo como, "masas ignorantes, indolentes, indiferentes a las cosas del espíritu y culturalmente inferiores", en una palabra "plebe" o "pueblo bajo". A pesar de los defectos inherentes a los socialmente "inferiores" de todas las naciones y pese a la "incultura" de que suele tildarse especialmente el "pueblo bajo" en España, a él tenemos que acudir, muy humildes, si realmente queremos desentrañar los secretos del alma española. Para ver claramente las cosas, debemos distinguir netamente dos conceptos, cuya confusión es muy corriente: de un lado lo que en los países latinos suele llamarse "civilización" o sea la natural cultura espontánea, tradicional, y de otro, la "erudición" o sea el saber, resultado de la instrucción, de la consciente formación del espíritu, comparable al cultivo artificial de un terreno. En España hay hombres y mujeres completamente ignorantes, en el sentido de que no se les ha enseñado absolutamente nada y que poseen una gran riqueza espiritual. Proviene ésta de una cultura nacional muy antigua (la más antigua de Europa), que perdura hasta hoy día, independiente de toda instrucción, de toda enseñanza. A ella se deben las dotes innatas, espontáneas de este pueblo, sus maravillosas aptitudes naturales, de la mente y el alma, que se ma-

nifiestan por la sabiduría, el tacto, la “mundología” o, lo que más popularmente se llama el dominio de la “gramática parda”; réplica pronta y oportuna, sentido de lo ridículo, ironía fina, instinto de lo esencial, comprensión rápida, inteligencia siempre viva y despierta, imaginación creadora de novedades lingüísticas, instinto de lo bello y natural capacidad para el arte, aptitudes todas estas que pueden ser desarrolladas, pero nunca engendradas por la educación y la enseñanza. En este sentido, aun leer y escribir no pasan de ser meros *medios* de instrucción. Es más: en cierto aspecto, según demostró Benjamín Jarnés en un artículo publicado hace años, en “Cruz y Raya”, la alfabetización puede dar resultados contraproducentes. Dice el autor del aludido artículo que “el valor espiritual de un pueblo está en razón inversa de la disminución de su analfabetismo pensante y parlante”, que “la decadencia del analfabetismo es la decadencia de la poesía”, porque “la poesía es siempre de hombres de fe, nunca de hombres de letras” y finalmente que “en todo pueblo que no ha dejado de serlo, que no ha perecido como pueblo, su valor y significado espiritual está en razón directa de su capacidad de analfabetismo, de su vitalidad imaginativa, de sus resistencias vitales, espirituales a toda alfabetización cultural, a toda mortal literalización esterilizadora de su pensamiento creador: de su lenguaje”. El peligro de la alfabetización está en que la palabra impresa y leída tiende a interponerse entre el hombre y la vida real y verdadera. Lo que distingue a los grandes poetas y escritores y, en último término, a todos los hombres creadores, es su capacidad de sobreponerse al influjo esterilizador del libro, no perdiendo nunca el contacto directo con la vida. Para ellos el libro no pasa de ser un medio para profundizar sus conocimientos de la vida con todas sus complejidades. Si a los simples mortales el libro puede distanciarles de la vida, a los genios les sirve para acercarse más aún a ella.

La palabra “vida” ha venido adoptando un sentido especial que no quiero darle en conexión con lo que estamos tratando. Me refiero a la vulgarmente llamada “vida práctica” en contraposición al libro como símbolo de todo lo aprendido artificialmente. Guardémosnos, sin embargo, de identificar el libro con la teoría, ni la vida con la práctica. Quería contraponer la vida reflejada en la abstracción del libro y la directamente vivida por un hombre siempre abierto a todos los valores humanos y culturales. Y es que la llamada “vida práctica”, ese concepto materializado del siglo diecinueve, no representa más que una parte mínima de la vida circundante o sea el limitado sector de alguna especialidad profesional.

El español, según hemos visto más arriba, es refractario a las



especializaciones, porque, más que el rendimiento máximo a que éstas conducen, le importa *vivir* intensamente, pero no en plan de vivir despreocupado, sino con la plenitud del sabio, que cuenta también con la muerte y la eternidad, mirando desde este supremo punto de vista con cierto menosprecio todos los valores puramente utilitarios.

Esta actitud inmaterial, o mejor dicho, supramaterial, frente a la vida, propia del filósofo o del hombre profundamente religioso, que en otras partes presupone una cultura nada común y sólo accesible a una minoría selecta, en España, donde con más frecuencia puede encontrarse, es precisamente entre el llamado pueblo "bajo". En él observamos también la mayor abundancia de aquellas cualidades innatas, que hemos destacado como características de una cultura nacional muy antigua y de más peso que todos los valores adquiridos artificialmente. Comparados con tales tipos populares, muchos representantes de la alta burguesía, incluso de la aristocracia, resultan espiritualmente más bien mediocres, vulgares e incoloros.

Con objeto de comprobar las aptitudes espontáneas para el arte en la gente del campo, se formó, hace años, un comité investigador. Utilizando buenas copias de las obras maestras de los mejores pintores nacionales, se organizaron exposiciones ambulantes, visitando los pueblos más remotos y apartados de la vía férrea, para observar cómo reaccionaban ante el arte aquellos rústicos, en gran parte analfabetos. El resultado de estas interesantísimas investigaciones no pudo ser más sorprendente. Según me han contado, aquellos humildes campesinos hacían comentarios oportunos que daban quince y raya a las doctas explicaciones de los más autorizados especialistas en cuestiones de arte, nacionales y extranjeros. Por lo demás, cualquiera puede convencerse fácilmente del natural sentido estético del pueblo "bajo" al visitar los barrios populares, especialmente de las grandes ciudades andaluzas. ¡Qué gusto más exquisito revelan aquellos balconillos adornados de flores en el sevillano barrio de la Macarena! O, dando un paseo por el Albaycín de Granada: ¡qué armonía de conjunto se advierte en los detalles más insignificantes! Diríase que allí no viven sino artistas, pues no se ve una nota discordante en este barrio habitado por gentes en su mayor parte paupérrimas.

Todas estas cosas tan bellas no hacen sino reflejar una mayor riqueza cultural interior. Cerca de cuarenta mil proverbios, adagios y refranes y más de diez mil cantares han podido coleccionarse hasta ahora en las diferentes partes del país. Y eso que muy pocos folkloristas se han dedicado aún a esta tarea. Refranes, canciones, danzas, se han conservado vivos en el pueblo hasta hoy día. Y si los in-

vestigadores afirman que gran número se ha perdido, ¡cuál no sería el arte popular de antaño, a juzgar por lo mucho que aún queda! La vida auténtica y nada artificial de este arte se halla planamente comprobada por el interesante hecho de que por no citar más que este ejemplo, de muchas coplas existen numerosas variantes, que se cantan en España lo mismo que en los países sudamericanos de habla española.

Ahora bien, se equivocaron los románticos al creer que tales poesías brotasen enteramente espontáneas de todo un pueblo delirando en masa. El pueblo no hace sino acoger y reabsorber tales productos de la musa, siempre individual, aunque el nombre del poeta quede, las más de las veces, sumido en el anónimo. Sólo alguno que otro adquiere tanta fama, que su nombre resuena más allá del estrecho ámbito de su círculo vital, como p. e. el de un modesto ferroviario sevillano, empleado en el servicio de limpieza de los vagones. Nunca son poetas profesionales pero siempre lo son por vocación. Sus versos vuelan, como mariposas, de boca en boca. Entran por el oído y no por la vista, como la pretenciosa poesía artística, provista de la flamante firma de su autor. Sobre todo el pueblo andaluz tiene condiciones para la poesía tales que, encareciendo el poco valor de una cosa, dice corrientemente que “vale menos que una copla”. Es natural que, cuando de cada tres individuos uno es poeta, el pueblo acabe por menospreciar la poesía. El cuidado algo deficiente que en España se dedica generalmente a la manutención y conservación de los monumentos de arte, no se explica *tan sólo* por el tan llevado y traído “abandono del meridional”; se emparenta más bien con la elegante indiferencia de un hidalgo muy rico, más propenso a prodigar que a conservar.

Decíamos que la vida de la poesía popular española se manifiesta en que los versos absorbidos por el pueblo vienen sufriendo ligeras modificaciones a su paso por las diferentes regiones del país. De una sola poesía nacen a veces gran cantidad de variantes, engendrando cada una otras a su vez, dándose el caso de que un verso inspire otros parecidos, pero artísticamente superiores. Algo análogo sucede con muchas melodías. Rodríguez Marín, en su libro “Miscelánea andaluza”, cita algunas poesías de poetas cultos, las cuales, recogidas por el pueblo, acabaron por superar en belleza poética al propio original. Si no fuera por lo impropio del vocablo “masa” tratándose de pueblo tan rico en personalidades, algunas grandes, otras medianas, pequeñas y aun minúsculas, pero originales todas, cabría decir que España tiene artistas en masa y de todos los tamaños. Pero es que aquí no hay masas, ni para bueno ni para malo. Quizás, siguiendo las suges-

tiones, casi siempre acertadas, de Unamuno, convenga sustituir “personalidad” por “individualidad”. La personalidad en este sentido suele distinguirse por un impulso creador primario, en cambio la individualidad no pasa de poseer aptitudes más bien reproductoras. Tales individualidades populares, aunque sólo talentos menores, en su mayor parte, receptores e imitadores, forman por su gran número una, a modo de caja sonora, tan perfecta que hacen vibrar por todo el país las notas de la personalidad artística. Y gracias a la exquisita sonoridad del instrumento, la calidad de no pocos sonidos supera la propia habilidad del instrumentista. A esta general capacidad para el arte, que caracteriza al pueblo español en su conjunto, se debe que infinidad de temas populares, incluso algunos de procedencia culta, hayan llegado a formar parte del patrimonio común. Flotan, por decirlo así, en la atmósfera. Por esta misma razón, al observar con qué destreza los españoles, sobre todo los del campo, saben improvisar coplas para las más diversas situaciones, el extraño o el profano en asuntos folklóricos podría fácilmente suponer una mayor genialidad en el improvisador de la que en realidad posee. Pues éste no necesita, generalmente, sino escoger y combinar hábilmente lo a propósito para el momento dado, entre una superabundancia de temas conocidos de todos. Pero aun así, ¿no es portentoso el solo hecho de que tan rico tesoro de bellezas poéticas viva, no ya en la conciencia de unos cuantos privilegiados sino en el alma de un pueblo entero?

Entre los múltiples géneros que de coplas se conocen, existen las llamadas carcelarias. Pues aun el bandido en la cárcel sabe dar expresión a su pena en estrofas hondamente sentidas. Los infelices rara vez son hombres del montón, pues éstos, los adocenados, no suelen sobresalir, ni en lo bueno ni en lo malo.

En Andalucía, donde la gente posee un sentido muy desarrollado de la burla y la sátira, las desavenencias entre vecinos, con más frecuencia entre vecinas, suelen dirimirse también a base de coplas improvisadas, alusivas a los supuestos defectos, algunas veces aun a ciertas intimidaciones en la vida del prójimo. Este naturalmente tampoco se muerde la lengua, y entonces es fácil que, agotadas las coplas, salgan a relucir algunos destrozos del léxico, cuando no los puños. Pero, aun cuando “se arma la gorda”, según frase popular, suele prevalecer tanto lo pintoresco sobre lo trágico, o mejor dicho lo tragicómico que el filólogo curiosón puede relamerse ya de gusto ante el charrón de giros humorísticos, retruécanos, maldiciones, imprecaciones e insultos que va a oír. No tardará en formarse un corro de mirones, providenciales para el caso, pues ya no falta quien separe a los contendientes, antes de que la cosa pase “a mayores”. A veces uno de

los contrincantes, temeroso de cometer alguna barbaridad, pide trágicamente socorro a los circunstantes: ¡¡Sujetarme, que le voy a matar!! No hay cuidado: son nubes de verano, que pasan pronto.

Sin detallar los diferentes géneros del arte popular español, quería sólo demostrar que éste vive hasta hoy día, precisamente entre el llamado "pueblo bajo". A más de las coplas se ha conservado, desde tiempo inmemorial, la costumbre de cantar romances, romances de ciegos, como se llaman, porque lo suelen ser los que andan de lugar en lugar, lo mismo que antaño los trovadores medievales, difundiendo entre su público en forma de romances cantados con acompañamiento de guitarras y bandurrias, historias de bandoleros, de asesinatos, apariciones y toda clase de acontecimientos más o menos sensacionales y espeluznantes.

He insistido repetidas veces en que, en España, no cabe hablar de masas gregarias, pues el llamado "pueblo bajo", lejos de ser indiferente, pasivo y fácil de manejar, características éstas de las masas propiamente dicho, se distingue por una actitud marcadamente activa y crítica frente a la vida. Tiene sus gustos y sus antipatías bien arraigados, sin dejarse influir por sugerencias ajenas ni por juicios más "autorizados". El pueblo quiere ser lo que es, afirmando su personalidad con todas sus cualidades y todos sus defectos. No se cree perfecto, ni muchísimo menos, pero tampoco apetece ser lo que no es ni nunca ser puede. Una criada española gustará de leer novelones truculentos, porque éste sea su gusto, malo, acaso malísimo, pero al fin suyo y por tanto auténtico. En las representaciones teatrales y cinematográficas, y, sobre todo, en las corridas de toros es donde mejor resalta la señalada actitud crítica y personal de esta gente. Capaz del mayor entusiasmo por un lado, no deja de manifestar su desagrado del modo más ruidoso, dando voces y silbidos estridentes, al menor detalle que no halle de su gusto. El hombre gregario, nunca seguro de sí mismo, porque no tiene gustos personales, ni buenos ni malos, tampoco se atrevería nunca a protestar contra lo que fuese por lo cual parece mejor educado, cuando, en realidad, no tiene personalidad propia. Por otra parte, su mayor docilidad le capacita para aprender y, por tanto, para progresar. Quizá la mayor desgracia de España esté precisamente en su carencia absoluta de masas, pues éstas encarnan una *posibilidad*, una promesa para el porvenir, siempre que se hallen bien gobernadas. El exceso de personalidad en el pueblo español hace sumamente difícil su manejo y organización.

Ahora bien: en no pocos momentos culminantes de la historia de España, este mismo pueblo ha influido de modo decisivo en los destinos de la nación. La conquista del continente sudamericano fue

obra, casi exclusiva, de un puñado de intrépidos aventureros, hombres del pueblo. Los historiógrafos usuales, inspirados en su mayor parte por historiadores enemigos de España, no se cansan en relatar las pretendidas atrocidades que hubiesen cometido los españoles, martirizando a los indígenas, aniquilando culturas florecientes, saqueando y robando y sembrando la desolación y la ruina por todas partes. Pero, aunque realmente se hubieran cometido estos desmanes y otros mayores sobre ello habría mucho que hablar, si comparásemos los métodos coloniales de otras naciones con los españoles —¿qué significan tales abusos, por cierto lamentables, al lado de la obra inmensa, sobrehumana, verdaderamente milagrosa que representa la conquista de todo un mundo por unos cuantos miles de hombres, por lo demás apenas organizados? Que éstos no hayan pecado por sobre de escrúpulos en sus métodos no siempre legales, no nos debe extrañar, teniendo en cuenta la aplastante superioridad numérica con que tenían que luchar, expuestos a las contingencias de lo ignoto, lleno de misterios, de sorpresas y terrores, en medio de un clima mal sano y enervante.

Otro ejemplo que demuestra la actitud activa del llamado “pueblo bajo” nos suministra el levantamiento popular contra la invasión napoleónica en 1808. Mientras que las capas superiores de la España de aquella época, las que contaban con el mayor número de afrancesados, se mostraban propicios a la institución de José Bonaparte como rey de España, en el memorable día dos de mayo el “pueblo bajo” de Madrid dio la señal para un alzamiento general contra el invasor extranjero, infligiéndole las primeras derrotas que iniciaron el derrumbamiento del imperio napoleónico. El pueblo, y no aquellos que estaban llamados a dirigirlo, había salvado a España.

Es más: este mismo pueblo salvaguardó, aunque sin darse cuenta, también la cultura espiritual de la nación durante el siglo XVIII artísticamente, salvo la luminosa genialidad tardía de Goya, tan estéril y tan insignificante. Cuando, al finalizar el siglo XVII, después del gran período de florecimiento del arte español, un gigantesco punto de interrogación se erguía hasta el cielo, del que los españoles de antaño se creían tan seguros; cuando el siglo XVIII lucía el falso brillo de unos cuantos talentos imitadores del patrón francés, ya que la fe de antaño, al pernicioso influjo de filósofos extranjeros, había cedido a un escepticismo cansado, el espíritu español se eclipsó, pero no se extinguió; porque, en medio de este yermo dieciochesco, seguía brotando soterráneamente el manantial, siempre fresco y lozano, de la poesía popular. Totalmente ignorado por los pedantones representantes oficiales del pseudoclasicismo de la época, aquel arte flo-

recía sin pretensiones allá en lo oculto del subsuelo nacional, completamente ajeno a que iba a ser el inconsciente renovador de la literatura patria. Pues en cuanto el romanticismo hubo redescubierto al pueblo, el arte popular comenzó a influir fructíferamente, no ya en la poesía culta, sino también en la novela. Lo que da la nota decisiva y característica de la nueva novela son los elementos folklóricos, el lenguaje hablado y las costumbres del pueblo que en ella vemos aparecer, o mejor dicho, reaparecer, introducidos nuevamente por la escritora Cecilia Boehl de Faber, conocida por el pseudónimo Fernán Caballero, hija de un comerciante hamburgués casado con una andaluza. La ola extranjerizante que había invadido España sólo pudo arrastrar consigo la ligera capa literaria cimera, porque ésta había dejado de arraigar en el suelo patrio, pero no arrancó las raíces de la verdadera cultura nacional, las que no tardaron en echar renuevos, en cuanto se hubo retirado la marea. Apenas los representantes del arte culto volvieron a tender la mano al pueblo, nació una nueva era artística en España.

Todo arte genuino español, incluso el más sublime, lleva un sello marcadamente popular. Con esto no pretendo negar que también otros pueblos hayan producido arte de índole semejante, ni que en España haya existido siempre un arte señaladamente culto. La nota peculiar de las musas españolas está en su llaneza alegremente democrática, pues han venido fundiendo lo culto con lo popular de tal modo, que no cabe trazar línea divisoria bien marcada entre ambas esferas. Sin número de elementos de origen culto han tomado carta de naturaleza en la poesía popular. Y, viceversa, las obras de los mejores escritores, clásicos y modernos, están henchidas de palabras, frases, comparaciones, interjecciones, etc. de neto cuño popular. Baste con recordar los innúmeros elementos castizos contenidos en el Quijote o en la vasta obra de Lope, y aun en la más culta de Calderón, por lo menos por lo que se refiere a las ocurrentes salidas de sus graciosos.

No es ciertamente mera casualidad el que el género de la novela picaresca naciera en España, desde donde se difundió por los demás países europeos. Lo que las hacía tan simpáticas a sus lectores es el espectáculo estético de un hombre que, sin más recursos que sus aptitudes naturales, inteligencia, comprensión rápida, astucia, audacia, logra sortear las situaciones más difíciles siempre con elegancia y gracia, para terminar su vida azarosa en la plácida opulencia del buen burgués, desenlace feliz que el autor le concede, aunque talvez a regañadientes y sólo para complacer a sus lectores, en su mayoría honrados ciudadanos. ¿Que por qué la novela picaresca tuvo que na-

cer en España? Porque allí, más que en otro país, el individuo carecía de la ayuda estatal, y, no pudiendo contar con la eficacia de fuertes organizaciones, había de aprender, desde niño, a hacer uso de todas sus aptitudes naturales para salir adelante. Por lo demás, la simpatía de que gozaba el pícaro, por parte del pueblo, no es de anuencia moral. Como en el caso del bandolero y de toda esa genticilla que vive al margen de la ley, pero casi siempre con un fondo noble y generoso, es de complacencia puramente estética. Parece que la Naturaleza de este suelo desgarrado y fraccionado por barrancos, cauces profundos y sierras desnudas y pedregosas, en unión con un clima muy variado, haya favorecido una fuerte propensión a la aventura individual, en detrimento de la colaboración ciudadana, causa por la cual, más de una vez en el transcurso de su historia, España ha bordeado la anarquía.

Pero también en tiempos relativamente normales, aun durante la época de mayor esplendor nacional, la organización estatal española, en comparación con la de otras naciones era poco rígida, dejando un margen muy ancho para la iniciativa individual. Lo que sostuvo el Imperio español no fue la rigidez del mando, sino la fuerza atractiva de un ideal religioso común a todos. Cuanto más iba palideciendo su estrella, más difícil se hacía el problema del Estado y más marcada la división entre una capa superior pudiente y poseyente y el llamado "pueblo bajo". Sólo una religión que fundía en un abrazo fraternal a ricos y pobres, cultos e ignorantes, era capaz de crear y conservar esos hermosos vínculos patriarcales que, desde siglos atrás hasta los tiempos modernos, unieran a amos y siervos. Pues éstos como aquéllos, antes que todo, eran hombres.

Este humanismo empezó a empañarse primero en las clases dirigentes. Simboliza este hecho la progresiva decadencia de los reyes de la dinastía de los Habsburgo, caracterizada por la frase popular: Felipe segundo fue un rey y un hombre, Felipe tercero fue un rey, Felipe cuarto fue un hombre, Carlos segundo ni era hombre. El primer Habsburgo era de origen flamenco, pero no tardó en hacerse tan español que después de su abdicación se retiró a un monasterio español. Su hijo Felipe II sentía como un español, por cierto que durante su largo reinado no salió de España una sola vez. Los reyes de la casa Habsburgo fueron, pues, una dinastía española. Ella, después de extinguida fue sustituida por una dinastía francesa, por más tiempo extranjera que los Habsburgos lo habían sido nunca. Cuando la dinastía de los Borbones, que bajo el reinado de Felipe quinto, y sobre todo, el de Carlos tercero, diera aún algún fruto beneficioso, (aunque algo indigesto para el estómago español), acabara de españolizarse

al advenimiento de Carlos IV, la monarquía española era ya un árbol podrido por dentro, el cual, bajo Fernando VI, echó algunas flores prometedoras, pero estériles, y después del entremés republicano de 1873, el primer embate del hacha, tuvo que dar en tierra sin grande aparato el 14 de abril de 1931.

Pero también la aristocracia española, descendiente de los visigodos, había perdido prematuramente (por lo menos comparada con la francesa, oriunda de los francos, más vitales), aquellas cualidades que la hicieran apta para el mando. Según tesis de Ortega y Gasset, su descenso rápido fue debido a que los visigodos llegaron a España ya decadentes, mermados en su vitalidad y orientalizados. Así fue como el sistema feudal, que supone en los señores aptitudes especiales para dirigir y mandar, no pudo nunca arraigar en España. No tardó aquella nobleza decadente en perder su ejemplaridad, limitándose a arrastrar una existencia lánguida y puramente decorativa, celosa de sus prerrogativas, pero olvidada de sus deberes.

Los elementos mediadores entre las clases dirigentes y el pueblo eran, de un lado la Iglesia, de otro, la capa intermedia, por lo general poco burguesa, de los artistas e intelectuales. Estos más que con la burguesía, han simpatizado con el pueblo, una de las causas por las cuales toda la novela española, desde la picaresca del siglo XVII hasta la más moderna, se halla saturada de popularismo. Hasta científicos españoles emplean en sus escritos con gran predilección giros populares, así como, viceversa, el lenguaje popular usa numerosas expresiones de origen culto. En Francia, el cultivo de la lengua siempre ha sido patrimonio exclusivo de los cultos, extendiéndose hasta el campo la autoridad legislatora y normativa de la Academia Francesa. En cambio, la institución hermana en España no sólo ha influido muy poco en el uso lingüístico general, sino que, al revés, ha venido siendo dirigida desde "abajo". El caso es que el lenguaje popular, y aun el caló gitano en España, han influido más en la evolución del idioma que en Francia, donde, sólo recientemente, merced a la influencia democratizadora de las trincheras, mayor número de palabras y giros argóticos han penetrado en el lenguaje hablado, incluso de la gente culta.

Es la española una cultura genuinamente popular, pues sus representantes más conspicuos se sienten profundamente vinculados con el espíritu del pueblo. Hemos visto que este pueblo, por su exceso de personalidad, es muy difícil de gobernar. Sólo una ejemplaridad poderosa y convincente de la talla moral del gran Caudillo que la Pro-



videncia ha dado a España, será capaz de obrar el gran milagro de una nueva unificación nacional. Si Norteamérica es el país de las posibilidades ilimitadas en el terreno material, España lo es en el espiritual. Un pueblo como el que he querido dar a conocer en estos mal pergeñados artículos, nunca puede hundirse. Aun esta sangrienta guerra civil ha demostrado, si bien de modo negativo, cuántas energías es capaz de desplegar en una lucha sostenida por causas inmatrimales.

